



CON VICENTE ALEIXANDRE

RAMON CHAO

dro Salinas era ya catedrático en la Universidad de Sevilla y Federico García Lorca lo conocí —de esto tengo la memoria de la fecha— el día del estreno de su drama *Mariana Pineda*. Me acuerdo muy bien: doce de octubre de mil novecientos veintisiete, y nos presentó en el escenario, a donde subimos porque habíamos ido juntos al teatro, Rafael Alberti.

"Todos ellos (unos vivos, otros ya abandonaron nuestra compañía), todos ellos han continuado siendo amigos, tanto mientras hemos estado juntos como cuando hemos tenido que separarnos. Ni guerras, ni exilios, ni revoluciones, han deshecho este grupo de poetas que fue, y siguen siendo los supervivientes, ante todo y sobre todo, un grupo de amigos.

TRIUNFO.—Amigo suyo fue también Miguel Hernández.

V. A.—Miguel Hernández estuvo muy unido a nuestra generación, pero en realidad pertenece a la generación siguiente, porque nació en mil novecientos diez, y el más joven de la generación nuestra fue Altolaguirre, que nació el año cinco. Altolaguirre, al que no he citado antes, y que fue uno de los amigos míos más queridos.

"A Miguel Hernández lo conocí cuando publiqué *La destrucción o el amor*. El estaba trabajando en Espasa-Calpe en la enciclopedia de toros que dirige José María de Cossío. Apareció mi libro *La destrucción o el amor* y un día yo recibí una carta donde decía: "He visto su libro de usted; no puedo adquirirlo. Si usted pudiera entregarme o hacer que me llegara un ejemplar, yo le quedaría muy reconocido". Y firmaba, me acuerdo exactamente, Miguel Hernández, pastor de Orihuela. Le contesté, vino, le di un ejemplar de *La destrucción...* y empezó una amistad entrañable, verdaderamente fraternal, que sólo terminó con la muerte suya.

"Entre los amigos más entrañables de la generación se encuentran los que tuvieron una muerte trágica. Si añadimos a la generación a Miguel Hernández, fueron Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre y Miguel Hernández. Esos tres desaparecieron bruscamente, y, en realidad, en cierto modo, me quedé más solo, porque la mayoría de los compañeros habían desaparecido de España y quedábamos muy pocos supervivientes en nuestro propio país.

TRIUNFO.—En sus inicios fue usted un poeta panteísta y paradisiaco, para ir evolucionando hacia temas más humanos y concretos. ¿Quiere explicar-nos esa transformación?

V. A.—Mi primer libro, *Ambito*, nació en el clima de lo que entonces se llamaba poesía pura. Pronto se rompió con esa cristalización casi hialina a que la poesía había llegado, y busqué en mi segundo libro, *Pasión de la tierra*, como una cuchillada en el sangrante ser del hombre. Ahondé en el inconsciente, en las asociaciones irracionales, en los senos profundos de la vida palpitante. Esa fue mi intención. Desde esos colores oscuros, donde el negro que llamaríamos abisal dominaba, mi poesía ha sido una lenta aspiración a la luz. El surrealismo ha sido sólo una etapa en mi poesía, aunque de algún modo el irracionalismo —en su sentido amplio— ha atravesado toda mi lírica. Pero yo no he sido nunca, ni en la zona más afín, un poeta surrealista en sentido estricto, porque no he creído en la base dogmática de esa escuela: ni en la escritura automática, ni en la consiguiente abolición de la conciencia artística.

TRIUNFO.—Sus exégetas coinciden en que usted representó, en los negros años de la posguerra (principalmente con su libro *Sombra del paraíso*), un aliento y ejemplo para las nuevas generaciones de poetas, los que iban a enfrentarse con el franquismo. ¿Cuáles eran sus motivaciones entonces y cuáles son los principios de su poesía?

V. A.—Un principio de solidaridad con todo lo creado, creo que informa todos los movimientos de la lírica mía. En una primera época, desde el libro *Ambito* al libro *Nacimiento último*, el poeta contempla y expresa su solidaridad con la creación, si la palabra no parece desmedida. Yo diría con el cosmos. Y el hombre está allí, en cuanto cosmos también. En una segunda etapa, el cosmos, la Naturaleza, parece retirarse al segundo término, y es el hombre el que se adelanta como protagonista. Sin la primera época, el hombre, como todos los elementos, tendía a fundirse con la Naturaleza; en la segunda etapa el hombre se imanta hacia la solidaridad con la sociedad de los demás hombres. Y esta solidaridad humana es el gran tema de esta época que referimos. En una y otra, el principio unitivo de la fusión unifica el mundo, y a esta unidad de sustancia el poeta le llama amor.

TRIUNFO.—Ese principio de solidaridad que usted invoca se precisó más después de la guerra civil. Dejó de ser usted el poeta panteísta y paradisiaco para aproximarse a una literatura de compromiso con *Retratos con nombre*. ¿Esta experiencia es fruto del azar o resultó obligada para usted

en un momento en que, como muchos otros, creyó que había que aportar un testimonio?

V. A.—Claro está que *Retratos con nombre*, que usted cita como libro más próximo al compromiso, está inserto precisamente en esa etapa, y lo que hace es concretarse en esa solidaridad en algunos nombres. *Retratos con nombre* individualiza a las personas, que, sumadas, constituyen una sociedad humana, y yo, en ese libro, lo que hice es cantar a hombres de diferentes condiciones sociales. Lo mismo unos hombres conocidos, famosos, ilustres por sus obras y por sus acciones, que los seres más humildes, que tienen ante todo la altísima cualidad de su propia hombridad. De modo que si yo he cantado en algún momento del curso de mi poesía el compromiso —o el testimonio, mejor dicho, que es más propia la última expresión—, lo he hecho siguiendo el curso natural de mi propia poesía, y atravesándolo del modo espontáneo que ella requería al mismo tiempo. Lo cual no quiere decir que el poeta no sintonice con su época, porque el poeta se nutre de la vida, y el poeta está inmerso en una circunstancia, y el poeta reacciona dentro de ella conforme a sus convicciones y a sus sentimientos.

TRIUNFO.—Después de esta etapa de testimonio, ha vuelto usted a una lírica que puede parecerse a la de sus comienzos, a menos que no sea una lírica final, una especie de cerrar un círculo.

V. A.—Claro que no es la lírica de mis comienzos, ni mucho menos. Lo que he hecho es enfrentarme, después del desarrollo de lo que podríamos llamar en cierto modo una visión del mundo, he seguido un curso natural de la vida misma. Y me he enfrentado con la última etapa de la existencia. La vejez es el tema de mis últimos libros. Yo la he cantado por una necesidad vital de decir lo que sentía frente al abismo final y a la aniquilación de la edad última. Sólo la juventud es la existencia, y ser viejo es ser sombra. Este conocimiento que es una sabiduría que sólo la existencia da, es lo que en cierto modo he querido cantar. Y como esto no tiene salida, mi canto ha resultado trágico. Lo más opuesto a la juventud, aunque yo, en ella, por oposición a la vejez, he cantado a la juventud como la única realidad del mundo.

"En uno de mis últimos libros, *Poemas de la consumación*, el poeta se enfrenta allí con la edad final de la vida; es un canto trágico, no un canto elegiaco, y se postula y acepta que conocer no es lo mismo que saber. Conocer es vivir, es amar, y sólo rige en cuanto es sucesión e itinerario y desemboca en su propia destrucción, que es el saber. Es decir, la muerte.

"Ultimamente escribí *Diálogos del conocimiento*, poemas dialogados, mejor dicho, son casi siempre monólogos cruzados: el poeta intenta que el diálogo no sea exterior, sino que resulte rentable en el seno de su lector. ■ **Declaraciones recogidas al magnetófono por RAMON CHAO.** Foto: LA-DISLAC.

YO nací en Sevilla, como usted sabe, pero me crié en Málaga. Mis recuerdos de Sevilla son posteriores, pero las primeras memorias son todas malagueñas. Allí adquirí el primer conocimiento de la luz, al abrir los ojos a la conciencia. Allí aprendí a leer, que es otra forma de nacimiento. Allí despertaron los primeros sentimientos, cuando el niño se asoma al mundo. Mi primer recuerdo es del mar.

El primer amigo de niño lo conocí en Málaga, y fue, sorprendentemente, el que más tarde sería un compañero mío en la generación poética del 27, Emilio Prados. Los dos teníamos cuatro años. Málaga la he cantado como ciudad del paraíso, y su paisaje, sus luces y sus hombres son el fondo de mi libro *Sombra del paraíso*, sin los que ese libro no existiría.

TRIUNFO.—Ha citado usted a Emilio Prados. ¿Cómo conoció a los demás poetas de la generación del veintiseiete?

V. A.—Luego, ya de adolescente, conocí a Dámaso Alonso, que ha sido uno de mis grandes amigos de toda la vida. Teníamos los dos dieciocho años cuando nos conocimos en un pueblecito de la sierra llamado Navas del Marqués. Después conocí a Rafael Alberti, porque era vecino mío en Madrid. Yo vivía en la calle de Serrano, y él, en la calle de Claudio Coello, y en números muy parejos. Nos conocíamos, de muchachos, de vista, del tranvía número tres, que nos llevaba todos los días a cada uno a nuestros quehaceres estudiantiles. Lo conocí cuando era pintor, no poeta. Y precisamente, en mi libro *Los encuentros* he trazado una semblanza de él que se llama así, entre comillas, "Rafael Alberti, pintor", que es la fórmula con que me lo presentaron en su primera exposición en el Ateneo, en el año veintidós. Luego fui conociendo sucesivamente a todos, Gerardo Diego era catedrático de Instituto en Gijón, Jorge Guillén estaba haciendo las oposiciones de catedrático para Murcia, Pe-